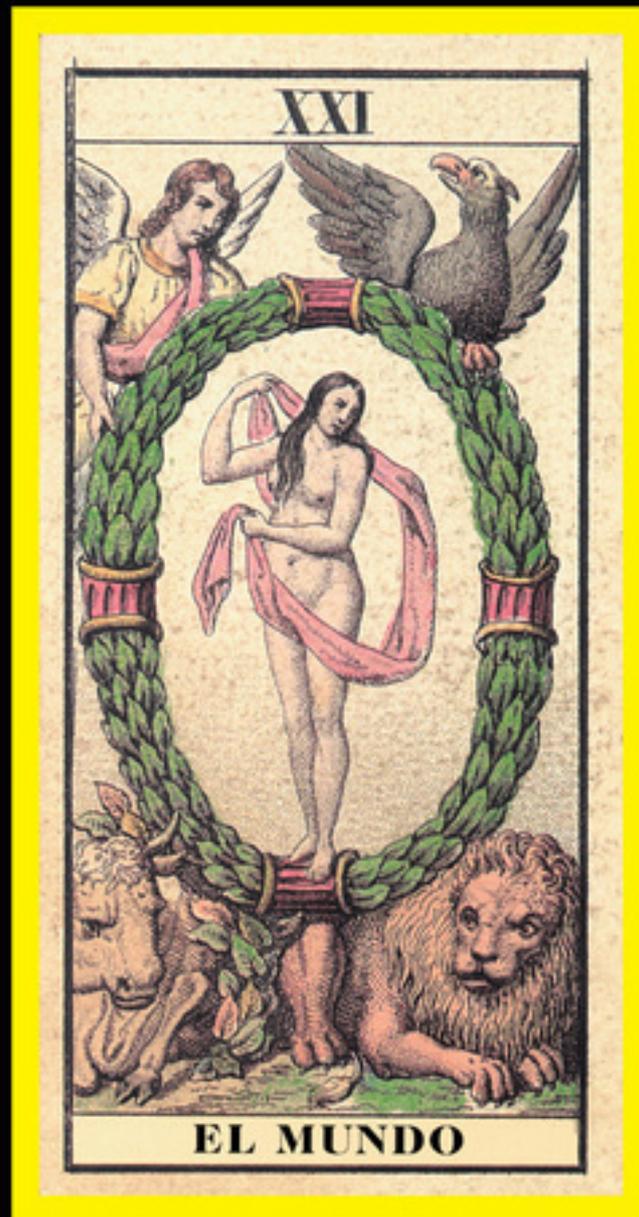


LAURA TUAN

EL TAROT

Significado e interpretación de cada carta,
oráculo, adivinación del futuro



EDITORIAL DE VECCHI

Laura Tuan

El tarot

«Parkstone International Publishing»

2016

Tuan L.

El tarot / L. Tuan — «Parkstone International Publishing»,
2016

Al menos una vez, todo el mundo ha oído hablar de las cartas del tarot; alguno incluso las habra consultado personalmente, otros habran visto alguna demostración por televisión. En apariencia, se compone de una baraja normal de cartas, también denominadas arcanos, que si tiempo atras, hasta hace algunos siglos, triunfaban en las mesas de juego, hoy en día han quedado reservadas casi exclusivamente para la previsión del futuro. En efecto, las setenta y ocho cartas que componen la baraja, repletas de símbolos alegóricos, representan uno de los mas antiguos y completos sistemas adivinatorios, un conjunto de símbolos en los que apoyarse para activar las capacidades paranormales de clarividencia y predicción que todos poseemos en alguna medida, pero que pueden ser incrementadas y potenciadas gracias al ejercicio constante.

Содержание

INTRODUCCIÓN	6
UNA HISTORIA TAN VIEJA COMO EL MUNDO	8
POR QUÉ ACERCARSE AL TAROT	11
EL TAROT Y LA PSICOLOGÍA	13
LAS BUENAS CARTAS NO MIENTEN	14
EMPEZAR CON BUEN PIE	16
Конец ознакомительного фрагмента.	17

Laura Tuan El tarot

Laura Tuan

EL TAROT

De Vecchi

A pesar de haber puesto el máximo cuidado en la redacción de esta obra, el autor o el editor no pueden en modo alguno responsabilizarse por las informaciones (fórmulas, recetas, técnicas, etc.) vertidas en el texto. Se aconseja, en el caso de problemas específicos – a menudo únicos– de cada lector en particular, que se consulte con una persona cualificada para obtener las informaciones más completas, más exactas y lo más actualizadas posible. EDITORIAL DE VECCHI, S. A. U.

© Editorial De Vecchi, S. A. 2016

© [2016] Confidential Concepts International Ltd., Ireland

Subsidiary company of Confidential Concepts Inc, USA

ISBN: 978-1-68325-045-6

El Código Penal vigente dispone: «Será castigado con la pena de prisión de seis meses a dos años o de multa de seis a veinticuatro meses quien, con ánimo de lucro y en perjuicio de tercero, reproduzca, plagie, distribuya o comunique públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la autorización de los titulares de los correspondientes derechos de propiedad intelectual o de sus cesionarios. La misma pena se impondrá a quien intencionadamente importe, exporte o almacene ejemplares de dichas obras o producciones o ejecuciones sin la referida autorización». (Artículo 270)

INTRODUCCIÓN

Al menos una vez, todo el mundo ha oído hablar de las cartas del tarot; alguno incluso las habrá consultado personalmente, otros habrán visto alguna demostración por televisión. En apariencia, se compone de una baraja normal de cartas, también denominadas *arcanos*, que si tiempo atrás, hasta hace algunos siglos, triunfaban en las mesas de juego, hoy en día han quedado reservadas casi exclusivamente para la previsión del futuro. En efecto, las setenta y ocho cartas que componen la baraja, repletas de símbolos alegóricos, representan uno de los más antiguos y completos sistemas adivinatorios, un conjunto de símbolos en los que apoyarse para activar las capacidades paranormales de clarividencia y predicción que todos poseemos en alguna medida, pero que pueden ser incrementadas y potenciadas gracias al ejercicio constante.

A pesar de que para adivinar casi todos los cartománticos se sirven de toda la baraja, también es una práctica común, al menos al principio, subdividirla en dos partes, dejando por completo el papel adivinatorio a la serie de los llamados **arcanos mayores** (o también triunfos o *atouts*, del francés «*bons à tout*»), la más completa y significativa de todas.

En efecto, los arcanos mayores representan los puntos clave, los símbolos más cargados que hablan al intérprete a través del lenguaje primordial de los arquetipos, las nociones comunes a los representantes de cualquier época y cultura referidas a experiencias compartidas por toda la especie humana o, al menos, grandes grupos de ella.

Sólo por poner un ejemplo, el rojo, en cualquier cultura, evoca la sangre, la vida; la oscuridad siempre enciende la señal de alarma, porque los grandes predadores, enemigos del hombre prehistórico, salían de sus guaridas por la noche; el agua siempre se relaciona con la madre porque todos nacemos de las aguas maternas.

Pero hay más: el riquísimo tejido simbólico de los arcanos mayores, que está emparentado con todas las otras disciplinas esotéricas como la cábala, la alquimia o la astrología, demuestra que en realidad el saber místico, la ciencia oculta, es sólo una y que todas las disciplinas que la componen tienen una interdependencia entre ellas.

En cambio, la otra parte de la baraja, los cincuenta y seis **arcanos menores** constituidos por cuatro series de catorce cartas cada una (diez numeradas y cuatro con figuras), las mismas que se utilizan para jugar al mus o a la brisca, sólo tiene la función de especificar, detallándolos, los significados simbólicos de los mayores. Por ejemplo, indican los tiempos en los que sucederán los acontecimientos, las edades, la clase social o las características físicas de las personas a las que se refiere el juego.

Una vez dicho esto, la baraja del tarot, considerada en su conjunto, se presenta por sí misma: un libro sagrado iniciático, un instrumento creado intencionadamente para pensar, muy parecido, al menos en el intento y en la estructura simbólica, a la famosa «máquina para filosofar» imaginada por el filósofo medieval Ramón Llull. En efecto, tanto la máquina como las cartas del tarot trabajan sobre el mismo principio: las cartas del tarot funcionan como una síntesis de todas las doctrinas y las experiencias humanas, las etapas, los acontecimientos, las situaciones que constituyen la vida misma, y precisamente por este sincretismo, por esta familiaridad, puede resultar facilísimo utilizarlas, comprenderlas y encontrarse en ellas.

Toda la historia del hombre está en este carrusel de cartones impresos de colores, está el nacimiento y está la muerte, y también están siempre el amor, el triunfo, la derrota, la tentación y la recompensa, entrelazados en las vivencias de cada uno. Ya está todo escrito en una especie de proyecto evolutivo que desde la fase inicial, la de la juventud y la experiencia, eficazmente representada por el **Mago**, conduce hasta la rendición de cuentas, el balance final del arcano del **Juicio**. Y desde aquí se regresa de nuevo, a través de la carta del **Loco**, que no tiene número, al punto de partida, pero a un nivel distinto de conocimiento, en una espiral que recuerda con mucha

similitud al ciclo de la resurrección: una nueva encarnación sobre la tierra para aprender en ella una nueva lección y enfrentarse a una nueva forma de conocimiento y a un nuevo destino.

UNA HISTORIA TAN VIEJA COMO EL MUNDO

El origen de las cartas del tarot, prácticamente desconocido, se pierde más allá de los límites del mito. En efecto, a partir del periodo prerromántico y romántico, con el auge de la filología y de la arqueología, la supuesta «invención» del tarot empezó a retroceder cada vez más en el tiempo hacia un antiquísimo origen iniciático que sólo resultaba accesible para pocos, y únicamente después de haber superado pruebas durísimas.

Había quien, como el filólogo Court De Gebelin, lo consideraba fruto de la civilización egipcia y quien, como el abad esoterista Eliphas Levi, atribuía su invención a los antiguos hebreos, o bien quien afirmaba que la primera aparición de las cartas del tarot se remontaba a la India, donde ya mil doscientos años antes de Cristo causaba furor una baraja de cartas redondas correspondientes a las diez reencarnaciones del dios Visnú.

Además, también había quien consideraba que las cartas del tarot eran una herencia de antiguos oráculos, o bien fruto de la fantasía gitana e incluso otros el último legado de una civilización misteriosa y perdida: la mítica Atlántida, a la que también apunta Platón en uno de sus célebres diálogos. Pero cualquiera que haya sido la civilización que las haya ideado, lo que de verdad importa en las cartas del tarot es el evidente significado religioso-simbólico que enlaza todas las cartas hasta constituir un ciclo completo, una especie de poema iniciático que se desarrolla a través de un largo proceso de purificación y de evolución interior.

De hecho, en el simbolismo más profundo de la baraja no es difícil reconocer los cimientos del esoterismo occidental, las leyes mágicas de los antiguos saberes sintetizadas en la famosa tabla esmeraldina atribuida a Hermes Trismegisto: «Así en la tierra como en el cielo, así abajo como en lo alto; una parte representa el todo; todo posee dos polos, uno masculino y el otro femenino; los extremos se tocan, etc.».

Existen dos formas distintas de acercarse al saber esotérico, dos vías iniciáticas distintas, una *seca*, es decir intelectual, racional, activa, que se podría considerar de factura occidental, y otra *húmeda*, interior, receptiva, intuitiva, oriental.

En el tarot, estas dos formas complementarias de vivir la relación con el universo forman una única vía, sintetizada por los dos arcanos que abren y cierran la serie de los veintidós mayores.

El arcano n.º 1, el **Mago**, representa al joven activo, emprendedor, preparado para dominar el mundo con los instrumentos de la magia.

El rojo, el color de la acción, predomina en su ropa mientras que el sombrero, en forma de ocho invertido, alude al universo y a la eternidad.

En cambio, el arcano que cierra la serie es el **Loco**, símbolo del conocimiento pasivo. Es muy posible que se trate del mismo joven que abre la serie pero que, a diferencia de este, está preparado para deshacerse de su saber, que lleva recogido con desdén en un pequeño fardo.

El Loco le da la espalda a la vía racional a favor de la del corazón.

Por eso se burla de los valores que dominan la sociedad, ha abandonado el grupo y ahora, completamente solo, prosigue su marcha por el camino de lo irracional, del mundo al revés.

Sin la vía del corazón, sintetizada por la figura del Loco, la búsqueda racional y científica del Mago no llevaría a nada, igual que del mismo modo, sin la iniciativa y el dinamismo de este, el vagar irracional del Loco sólo sería una pérdida de tiempo, vana locura.

Sólo en la conciliación de los opuestos, en el matrimonio de la acción y de la racionalidad con la intuición y con la fe, puede nacer la perfección verdadera, la plenitud del ser que el asceta busca en sus agotadoras prácticas y el alquimista en su secreto laboratorio.

El valor iniciático de la baraja también parece confirmado por la etimología. En árabe, *tarrog* significa literalmente «vía real». Sin embargo, opiniones y étimos giran sin aclararse alrededor de esta serie de cartas tan completas y sugestivas: según algunos expertos, tarot podría derivar

del griego *etairoi* = compañeros, o del latín *terere* = batir, del hebreo *tarah* = hacer sortilegios, o incluso del árabe *tar* = revancha, para llegar a *tara*, la voz que se utilizaba en el Renacimiento para designar el sistema de imprenta de la parte posterior de las cartas, que se punteaban de oro. Pero, tal vez, todavía parece más sugerente la propuesta de Guillaume Postel, que reconoce en el término *taro* (carta del tarot) un anagrama de *rota*, con una evidente alusión a la ininterrumpible rueda del destino.

Sin embargo, a pesar de la exótica terminología y de su evidente arcaísmo, las cartas del tarot hacen su aparición en Europa relativamente tarde, solamente a partir del 1300-1400, época en la que empiezan a extenderse como juego de azar.

Así pues, entre los orígenes míticos, simbólicos e iniciáticos y la historia hay un vacío. Además, es bastante probable que los arcanos mayores y los arcanos menores tengan orígenes e historia distintos.

De hecho, parece que los mayores están estrechamente vinculados a la serie de los *Naibi*, una baraja con intenciones didácticas reservada a la educación de los niños, una síntesis sumaria del saber medieval en la que estaban incluidas las musas, los planetas, las artes liberales, los vicios, las virtudes y los acontecimientos vitales.

Por el contrario, parece que los menores derivan, por lo que se refiere a las cartas numeradas, del dominó y por lo que concierne a las figuras (rey, reina, caballo y sota), del ajedrez.

Tal y como hemos visto, la historia determina la aparición de las primeras cartas de juego en el 1200 a. de C. y las sitúa en China, donde estaba en boga un curiosísimo juego llamado «mil veces diez mil», y en la India, donde la gente se divertía con las cartas redondas que representaban a las diez encarnaciones divinas. El vacío de más de dos milenios que hay entre nuestras cartas y aquellas sigue siendo un misterio.

¿Cómo y cuándo han llegado hasta nosotros? ¿Quién las introdujo en Europa a pesar de los fuertes impuestos y de las prohibiciones legales, primero en las mesas de juego y más tarde en los salones y en los misteriosos antros de lo profético? Se pueden formular dos hipótesis, ambas igualmente aceptables.

Primera hipótesis: los gitanos, como prueba la similitud de su lengua con el sánscrito, el idioma de los antiguos hindúes. Alrededor del siglo XIV d. de C. una fortísima oleada migratoria de desclasados empezó a remontar el valle del Indo y, al pasar por Oriente Medio, se dividió en dos ramas. La primera se dirigió hacia los Balcanes; la otra llegó hasta Egipto (de ahí el término inglés *gipsy* = gitano = egipcio), donde probablemente entró en contacto con las prácticas esotéricas que se cultivaban profusamente en ese país y que hoy en día, tal y como sostiene Court De Gebelin, se pueden reconstruir perfectamente a partir de los caracteres simbólicos de nuestra baraja. Por otra parte, es bien sabido que entre las profesiones típicas de los gitanos (caldereros, danzadores, criadores de caballos) también están incluidas las artes adivinatorias; tanto es así que la lectura de las cartas y de la mano, en los siglos de la Inquisición primero y después en los del racionalismo, fue durante mucho tiempo una prerrogativa exclusivamente suya. Por lo tanto, el simbolismo esotérico de las cartas del tarot habría llegado hasta nosotros desde Egipto a través de la cartomancia gitana.

Segunda hipótesis: los templarios, Caballeros del Sagrado Sepulcro. Estos, que se habían desplazado hasta los Santos Lugares para defender a los peregrinos, tuvieron ocasión de conocer los antiguos saberes de los hebreos, que desde siempre han sido minuciosos descifradores de letras y números de la Biblia.

La orden templaria no vivió demasiado tiempo, pero en los dos siglos que precedieron a su supresión por parte de Felipe *el Hermoso*, consiguió acumular inmensas riquezas.

El hecho de que los templarios fuesen esotéricos también lo demuestra el complejo simbolismo de las catedrales góticas, de las que ideológicamente fueron los creadores; por otro lado, que se dedicasen activamente a la alquimia lo corrobora su misma regla, que en una de sus disposiciones prohíbe expresamente fabricar oro en presencia de extraños.

Según esta teoría, el simbolismo de las cartas del tarot, impregnado de esoterismo, habría llegado a Europa desde Israel de la mano de los templarios, que no sólo hicieron de intermediarios, sino que también se ocuparon de codificar esos conocimientos y transmitirlos en el críptico lenguaje confiado a la arquitectura y a la escultura góticas.

Y he aquí, sólo para los grandes amantes de las fechas, algunos momentos fundamentales de la historia del tarot:

- 1377: el monje Johannes atestigua la presencia del tarot en Suiza;
- 1379: las crónicas de Covelluzzo aluden a la difusión del juego en Viterbo;
- 1393: se crea en Italia la compañía de pintores de cartas;
- 1432: Bonifacio Bembo pinta las famosas cartas del tarot de los Visconti;
- 1582: en Francia se gravan con impuestos las barajas del tarot para limitar su uso.

Entre las cartas del tarot de la época, se pueden destacar las tres barajas pintadas por Jacquemin Gringonneur para alegrar al rey Carlos VI de Francia y distraerle de las crisis depresivas en las que había caído. Probablemente este es el primer tarot de todos los que conocemos actualmente.

Algo posterior es el *pequeño tarot boloñés*, compuesto de sesenta y dos cartas entre las que faltan el dos, el tres, el cuatro y el cinco de todos los palos. Después, por orden, aparecieron la *baraja de Mantegna*, de cincuenta naipes, y las *Minchiate Florentinas*, que por el contrario incluyen noventa y seis cartas, ya que a los veintidós arcanos mayores y a los cincuenta y seis menores se añaden los cuatro elementos y los doce signos zodiacales.

POR QUÉ ACERCARSE AL TAROT

Sobre todo, una persona se suele acercar al tarot porque representa un sistema rápido, de bolsillo, siempre al alcance de la mano y porque, en definitiva, una vez que se han aprendido los símbolos y se ha desarrollado un poco la sensibilidad necesaria, resulta accesible para muchos.

Naturalmente, esto vale para los que aceptan la adivinación, es decir, para los que deciden encomendarse a las directrices del sexto sentido, a las señales misteriosas del universo antes de tomar una decisión importante; en resumen, para los partidarios de indagar en el futuro, de saber lo que va a ocurrir antes de que suceda en la realidad.

Pero llegados a este punto, se puede volver a caer en ese complejo y sufrido debate, del que san Agustín fue su portavoz más autorizado, que se refiere a la inevitable relación entre predestinación y libre albedrío.

Es verdad que el hombre siempre se ha dedicado a intentar indagar el futuro: el ansia, el temor, la curiosidad con relación a lo que ocurrirá, la conciencia de la inevitabilidad del destino y la intrigante tentación de desafiarlo y de cambiarlo, la necesidad de tener esperanza y de seguir creyendo en un futuro mejor, constituyen uno de los hilos conductores de toda la historia humana. Los antiguos griegos en la voz de Apolo en Delfos, los romanos en los oráculos de la sibila de Cumas, los babilonios en las posiciones de los astros, los chinos en los tallos de aquilea o en los caparazones de las tortugas: todos, aunque con técnicas y modalidades distintas, han buscado una confirmación o una respuesta en los signos del universo, precisamente porque, como subraya el contenido de las famosas «tablas de esmeralda», cada elemento del cosmos unido a todo lo demás a través de finas conexiones y lo que ya está en el pensamiento, en el deseo o en el símbolo, ya está virtualmente presente también en la realidad. Por lo tanto, nada es casual en el universo y el tarot, como el alfabeto de las estrellas o las líneas de la mano, conoce y habla este misterioso lenguaje repleto de signos y de símbolos. El cartomántico, dejándose llevar por esta sutil inducción, a partir del significado del número, del color, del palo, de las alegorías que siempre unen al cielo con la tierra y a las cartas con las estrellas, activa a través de las imágenes del tarot sus propias capacidades extrasensoriales, que le permiten rebuscar en su inconsciente, leer el tiempo pasado y el futuro, para poder llegar a la raíz de las cosas. Pero también es verdad, y aquí vuelve a entrar en juego el debate sobre la predestinación, que si el futuro se puede leer, descifrar y prever, esto implica que en alguna parte, en algún lugar recóndito este futuro tiene que estar necesariamente escrito y si una cosa está escrita, no se puede hacer nada para cambiarla. Sin duda este razonamiento resulta muy cabal. Y sin embargo, como demuestra la nutrida casuística recogida por el parapsicólogo americano J. Rhine y por su mujer Louise, no resultan tan raros los casos en los que un fenómeno paranormal, como una comunicación telepática, una visión o un sueño, es decir un aviso obtenido con medios que no son los sentidos físicos, ha sido suficiente para cambiar un destino, para salvar a alguien de una desgracia. Para el hombre común es muy difícil cambiar voluntaria y mágicamente su propio destino, algo que, se dice, sólo está al alcance de los sabios concedores de la alta magia. Sin embargo, no se puede negar que el hecho de que conozca por anticipado sus condiciones futuras, aunque no esté en condiciones de cambiarlas, ya representa de por sí una ayuda válida para enfrentarse a ellas mejor, ya que podrá controlar la intensidad emotiva y el riesgo de posibles traumas. La crítica que se oye más a menudo en contra de la previsión del futuro se basa precisamente en esta cuestión: saber con anticipación excluye la sorpresa y limita la libertad de elección, es decir, recluye a la persona en los límites de la previsión. Aun así, los hechos, y no sólo la casuística recogida por el matrimonio Rhine, demuestran exactamente lo contrario: conocer con anticipación amplía las posibilidades de elección y además otorga un razonable intervalo de tiempo que permite reflexionar y decidir con mucha calma, algo que resulta prácticamente imposible en el momento en que los acontecimientos ya se están produciendo. Pongamos el ejemplo de una

previsión meteorológica, que de por sí no tiene nada de mágico ni de arcano. Y sin embargo, todos se apresuran a consultar las noticias del tiempo la noche antes de una excursión a la montaña. Supongamos que las previsiones indican lluvias torrenciales e imprevistas para el día siguiente. En este caso, los que han salido sin consultar las noticias del tiempo y se fían únicamente del aparente azul del cielo tienen una sola opción: calarse hasta los huesos; en cambio, los que han tenido en cuenta las previsiones pueden elegir entre distintas posibilidades: aplazar la excursión confiando en que el tiempo sea más favorable la próxima vez; salir tal y como se había decidido pero equipándose bien con botas, paraguas e impermeable; salir con sandalias y camiseta, confiando en la suerte, porque así es más divertido, más... imprevisible. Más que limitar la libertad de elección, en este caso la previsión puede ahorrar bastantes problemas, un molesto resfriado o la inútil pérdida de un tiempo que se podría haber aprovechado mucho mejor de algún otro modo.

Naturalmente, cuando lo que está en juego es algo más importante, más íntimo que una excursión, es necesaria mucha sensibilidad por parte de quien practica la adivinación. Es lícito predecir, pero debe hacerse sin desconcertar y sobre todo sin influenciar. El riesgo es especialmente notable para los individuos psicológicamente débiles, que muchas veces acaban por convertirse en esclavos de la previsión, sobre todo de la negativa, hasta el punto de que, inconscientemente, se llegan a comportar del modo más adecuado para que esta se lleve a cabo. Otros caen en manos del ansia y estrechan auténticos y verdaderos vínculos de dependencia con relación al adivino, sobre el que proyectan mecanismos de identificación afectiva hasta el punto de que ya no saben cómo conducir su vida sin sus consejos. Todo esto ya es suficiente para poder entender que nadie se puede convertir en adivino de la noche a la mañana y que esta actividad implica una gran responsabilidad. En la práctica, un buen cartomántico o quiromántico o astrólogo es un curioso cruce entre un psicólogo, un estudioso, un sacerdote, un hermano o una hermana mayor y precisamente por ello tiene que responder a numerosos requisitos: un fuerte conocimiento de las leyes esotéricas del universo, un sincero interés hacia los demás que, sin embargo, no debe llevarlo a peligrosos procesos de identificación, una profunda sensibilidad que le ayude a establecer qué es en realidad lo que la persona que le consulta está preparada para saber y asimilar, y una pasión hacia su oficio que no derive de un interés únicamente económico.

EL TAROT Y LA PSICOLOGÍA

De todas formas, no hay que pensar que las cartas del tarot no pueden ser utilizadas por los que no pretenden prever el futuro y prefieren no saber en lugar de angustiarse antes de lo debido. En efecto, en virtud de su simbolismo, de su lenguaje arquetípico que reproduce las distintas etapas de la experiencia vivida por toda la raza humana, también se pueden utilizar únicamente como instrumento de meditación y de autoconocimiento. El conocido psicólogo suizo Carl Gustav Jung, que fue el primero que formuló la teoría de los arquetipos, compara la conciencia con la parte visible de una isla, el inconsciente individual con la parte sumergida y el inconsciente colectivo, el que es común a todos los hombres, con el mar que fluye por debajo de ella. Las cartas hablan este lenguaje universal, que resulta muy útil para poner en comunicación casi inmediata la esfera de la conciencia con la zona del inconsciente individual y, desde esta, con el mar que fluye por debajo, el inconsciente colectivo. En efecto, los símbolos, al funcionar como auténticos y verdaderos imanes, atraen a otros símbolos y llevan a la superficie las ideas que todavía están en germen, y los sentimientos que han permanecido ocultos durante demasiado tiempo; en síntesis, desarrollan el trabajo del psicólogo y ayudan a asociar, a concatenar, a dialogar con uno mismo para lograr un mejor conocimiento del yo.

No es una casualidad que hoy en día haya numerosos grupos de investigación psicológica, sobre todo cuando se trata de análisis de grupo, que se apoyan en el simbolismo de los arcanos mayores para analizar los distintos tipos de comportamiento y los diferentes modos de actuar. La autoidentificación con una carta, una forma especial de ser, estudiada en relación con todas las demás se transforma así en una clara fotografía de uno mismo y de la forma de relacionarse con los demás: por ejemplo, está la mujer que prefiere el papel de mujer-Luna, maternal y receptiva, pero a veces, embustera y chismosa; o las que se identifican con mucha facilidad con la mujer-Papisa, sabia y silenciosa, o bien con la mujer-Emperatriz, serena e intelectualmente cultivada. Del mismo modo, está el hombre-Emperador, enérgico y autoritario; el hombre-Papa, sabio y paciente consejero; el hombre-Diablo, seductor y embaucador.

En cualquier caso, tanto si se trabaja sobre un solo arcano como si se une a otros, por ejemplo al que le precede o le sigue en la serie numérica, o bien al que está situado frente a él, la regla básica para meditar con el tarot siempre es la misma: entrar con fantasía en la carta, atravesarla como si tratase de una puerta abierta, instaurar un diálogo imaginario con el personaje que está reproducido en ella, visualizarla después de haberla mirado fijamente durante bastante tiempo intentando reconstruir todos sus detalles con los ojos cerrados. Después de esto las asociaciones de ideas se presentan espontáneamente: no hay más que pensar en la carta en cuestión, en su palabra clave, en sus atributos y enseguida aparecerá en la mente una multitud de pensamientos, recuerdos, experiencias y asociaciones a través de los cuales será posible dejarse deslizar dulcemente, casi como si se tratase de raíles, hasta la zona más profunda de uno mismo.

LAS BUENAS CARTAS NO MIENTEN

Hoy sabemos que habitualmente no utilizamos gran parte de nuestro cerebro. Así mismo, ignoramos casi por completo las funciones de la epífisis o glándula pineal, que quizás está ligada al llamado sexto sentido. Y precisamente el sexto sentido, es decir todos los fenómenos ajenos a los otros cinco, es el objeto de estudio de una ciencia a la que todavía se le ponen muchos obstáculos pero que actualmente está en vías de expansión: la parapsicología y el estudio de lo paranormal, de la que la lectura de las cartas es parte integrante.

La actividad cerebral consiste en una emisión regular de ondas eléctricas de distinta frecuencia que normalmente se pueden apreciar por medio de un electroencefalógrafo. De las cuatro emisiones distintas, las que nos interesan directamente en este contexto sólo son dos: las ondas Beta, la frecuencia de la vigilia, y las ondas Alfa, más bajas y que caracterizan la fase en la que se dormita, la de la relajación máxima, de la meditación y de todos esos fenómenos de alteración de la conciencia, entre los cuales están la telepatía y la precognición, que se encuentran en la base de toda la experimentación paranormal, incluida la adivinación. Para obtener un fenómeno paranormal digno de atención, por ejemplo una previsión, es indispensable saber entrar en este especial estado de conciencia caracterizado por la emisión de las ondas Alfa, porque es precisamente en este estado, y sólo en él, en el que se hace realmente posible trascender los habituales esquemas espaciotemporales y alcanzar los materiales del inconsciente colectivo, la llamada memoria del mundo, la *akasha* de los hindúes, en la que se halla una señal de todo lo que es, ha sido y será.

Pero volvamos de nuevo y por un instante a Jung y a una teoría fundamental que él formuló: la teoría del sincronismo, según la cual todas las cosas o acontecimientos parecidos siempre tienden a converger en el mismo espacio y en el mismo tiempo. Seguro que a todos nos habrá pasado una infinidad de veces pensar en una persona, encontrarnos con ella poco después y, tal vez esa misma noche, ver una película cuyo protagonista tiene el mismo nombre del amigo que acabamos de ver. Esto mismo también le ocurrió a Jung, de forma tan evidente que le permitió formular esta nueva pero atendible teoría.

Jung estaba paseando por la orilla del lago de Constanza: era el 1 de abril, día dedicado a un famoso pez y, casi como evocado por esa fecha, un pez saltó del agua justamente delante de sus ojos. Poco después, siguiendo su paseo, se encontró con un viejo amigo, un tal Pez. Tres acontecimientos, tres situaciones relacionadas con el pez y todas aparentemente casuales habían sucedido en el mismo lugar y en un periodo de tiempo de pocos minutos. En realidad, de casual no había nada de nada; había sido el principio del sincronismo el que las había hecho converger en ese lugar y en ese preciso momento. El mismo principio que en el tarot hace que la persona consultante elija concretamente la carta adecuada a su situación y no otra y que lleva hasta la mente del adivino precisamente esa idea y la respuesta más adecuada a la cuestión que se ha dejado al dictamen de las cartas.

Pensemos por un momento en un río: a un lado está el estado Beta, la conciencia del estado de vigilia; al otro, el estado Alfa, la condición indispensable para lo paranormal. Las cartas del tarot, como las líneas de la mano o los posos de café, no son más que las piedras sobre las que hay que saltar para llegar cómodamente a la otra orilla sin mojarse los pies. De este modo, los símbolos forman un camino, una especie de puente, un apoyo valioso pero no indispensable a través del cual el inconsciente se desliza suavemente hacia lo paranormal. Hay personas que están en condiciones de entrar espontáneamente en el estado Alfa mediante el sueño, el yoga o, como les sucedió a numerosos santos reconocidos por la Iglesia que, gracias a la oración y el éxtasis místico, fueron responsables de muchos fenómenos inexplicables, curaciones milagrosas, desdoblamientos o visiones colectivas.

Pero veamos ahora más de cerca lo que sucede realmente durante una consulta cartomántica: en virtud del fenómeno del sincronismo la persona consultante no extrae por casualidad las cartas, sino que inconscientemente, aunque no las vea, acaba por dirigirse precisamente hacia las que representan mejor su situación. Por otro lado, el cartomántico, apoyándose en los pocos elementos simbólicos que posee, crea todo el resto de la situación siguiendo el mecanismo psicológico especial de la *gestalt*. En definitiva, actúa como quien soluciona un juego de palabras: asocia, pega, deduce una globalidad utilizando únicamente los datos simbólicos que tiene a su disposición, es decir los significados de las cartas extraídas.

Llegados a este punto, es necesario tener en cuenta otro factor: nunca hay que interpretar los símbolos individualmente porque sus significados cambian, cobran más fuerza, se vuelven menos importantes o se invierten en función de su combinación con las cartas que tienen al lado, de si la carta se presenta boca arriba o boca abajo y de la posición que ocupa en el juego. En efecto, aunque algunos cartománticos, como la célebre Mademoiselle Lenormand, prefieren tirar las cartas al azar, casi todos las colocan según un esquema geométrico determinado, donde la parte superior y la inferior, la derecha y la izquierda, en virtud de su simbolismo intrínseco, que los antiguos conocían muy bien (lo tenían en cuenta para la interpretación de los rayos y del vuelo de los pájaros), influyen y modifican el simbolismo básico de las cartas. Entonces el juego se convierte en una especie de telar, de forma geométrica regular (cuadrado, triángulo, círculo, estrella), donde colocar los símbolos que, en función de la posición que ocupan, se refieren al pasado, al presente o al futuro de la persona consultante o bien a las esferas afectiva, profesional o financiera.

El ritual, seguido literalmente por algunos cartománticos pero despreciado por otros, también influye, ya que le ofrece al adivino otra *muleta*, un valioso pero no indispensable apoyo construido únicamente sobre los símbolos, sobre los detalles, sobre sus manías personales: unos barajan las cartas de una manera y otros de otra, algunos cortan la baraja una, tres o incluso siete veces y otros exigen un pequeño tapete de una determinada tonalidad o quieren tener junto a ellos agua, incienso y sal. Incluso hay quien no permite que se toquen las cartas más que durante la consulta para evitar contaminaciones vibratorias, ya que, como enseña el esoterismo, todas las cosas conservan durante largo tiempo una huella de quien las ha manejado. El día de la semana y la hora también tienen su repercusión: hay quien recomienda que no se haga ninguna consulta ni los martes ni los viernes o quien desaconseja hacerlas por la mañana, algunos las llevan a cabo rigurosamente por la noche y otros no se plantean problemas con el reloj. Pero independientemente del simbolismo de los colores y de los números, del tono del tapete o de la cantidad de veces que se corte la baraja, detalles que por otro lado siempre funcionan porque actúan reforzando con su simbología la asociación con otros símbolos, el ritual encierra una enorme potencialidad: relaja al cartomántico y lo conduce hacia las frecuencias de lo paranormal, suaviza la inevitable ansiedad de la persona consultante que se encuentra frente a su futuro, infunde seguridad psicológica y otorga a ambos un razonable lapso de tiempo que resulta muy útil para que se establezca una mutua sintonía. Una buena parte del secreto para acertar la previsión consiste sencillamente en fiarse de sí mismo, en creer en las capacidades propias y en tener mucha disposición hacia la persona consultante. Y, sobre todo, en ignorar ese miedo a equivocarse, a hacer el ridículo, ya que, precisamente en virtud de una irrefutable ley mágica, es muy probable que este temor acabe por transformarse en una antipática realidad.

EMPEZAR CON BUEN PIE

En primer lugar, para enfrentarse a la lectura de las cartas, deberá utilizarse una baraja que resulte personalmente atractiva y agradable, pero que al mismo tiempo sea fiel al simbolismo clásico, de modo que resulte más fácil y accesible, y pueda convertirse en algo propio. Para que esto suceda, hay que tenerla a menudo entre las manos impregnándola de las propias vibraciones y luego exponerla durante algunas noches a los rayos de la Luna creciente, el astro de la videncia.

Habrà llegado también el momento de estudiar los significados de cada una de las cartas, de asimilarlos, pero antes de consultar el texto que los resume y los codifica, se debe aprender a escuchar los mensajes de los arcanos, de uno en uno y en el silencio de la meditación. Sea cual sea el sistema que se prefiera seguir, la visualización, la meditación o la concatenación simbólica de ideas y recuerdos, lo esencial es acordarse siempre de anotar en un cuaderno todas las cosas que vengan a la memoria: las propias asociaciones mentales y las propias experiencias, a fin de crear un manual personal, construido sobre un lenguaje simbólico propio y sobre una particular sensibilidad.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.